# LA LITERATURA DE LA CIUDAD

# *La ciudad en la literatura*

RODRIGO ARGÜELLO

*Profesor e investigador*



*Sale del café y va leyendo todos los letreros que se cruzan con él. La ciudad le parece una novela viviente, donde cada barrio conforma un capítulo diferente, con sus palabras propias y sus palabras ajenas, con sus puntos y comas, sus muertes y sus vidas, sus deseos y su desidia, su temblor, clamoroso al atardecer y casi inaudible al amanecer.*

JESÚS FERRERO

PARA HABLAR DE CÓMO ha sido percibida, sentida, escrita y reescrita la ciudad en la literatura, quisiera partir de algunas quejas locales[1] que a mi modo de ver son aún muy presentistas, deterministas y donde se cometen injusticias tanto con la literatura como con la misma ciudad.

En primer lugar, se dice que *la buena literatura es simplemente buena literatura, y que la ciudad es solamente un pretexto*. Este es sin duda un lugar común de la vieja crítica literaria y también el lugar común de algunos escritores. Rara vez se habla del espacio como personaje, como organismo, el espacio como *pre*-texto, con-texto; la ciudad como texto abierto, sorpresivo, pero también como anti-texto, es decir, de la ciudad como el espacio que desborda cualquier límite y presupuesto. En este sentido, siempre me ha gustado la idea de Peter Handke cuando dice que él no describe el espacio sino que lo narra. Se diría que la ciudad es el texto vivido donde hay sujetos,

1. Me refiero a algunas quejas aparecidas en el *Magazine del Espectador*, Nº 806, de 1999, dedicado a la relación ciudad y literatura; a algunas conferencias leídas en la feria del libro de Santa fe de Bogotá (1999); y a ciertas conversaciones y polémicas espontáneas sobre el tema.

objetos vivientes (*antropomorfismo*); donde hay una estrecha relación entre la carne y la letra, la palabra y la piedra. Victor Hugo hablaba de "la ciudad como el libro de piedra".

La segunda, tiene que ver con lo que he llamado *La queja por la falta de referentes míticos o concretos*. Se dice que en Colombia no hay literatura urbana, en virtud de que lo urbano mismo no se ha consolidado del todo o porque Bogotá, por ejemplo, es una ciudad que carece de canción: tangos, milongas, sones; seguramente habrá que decir también, que no hay muecín, no tenemos *El Sena*... en fin, pareciera que no hay suficientes mitos o referentes para exaltar. No creo que sea caer en vanidad, como advierte el buen escritor Roberto Burgos Cantor, pero sí creo que la literatura crea mitos allí donde se supone que no los hay, o los exalta, allí donde se supone que hay demasiados. Troya también fue famosa por Homero; Praga por Jan Neruda, por Meyrink, por Kafka o por Bohumil Hrabal; San Petersburgo por Andrei Biely, Alejandría por Lawrence Durrell, la Habana por Cabrera Infante, Buenos Aires por Leopoldo Marechal y la encantadora y misteriosa Savanah por John Berendt, (incluso, hubo casos bien *concretos* como el de Brasilia que en parte fue diseñada bajo la idea de la poesía *concreta*). Claro, también Bogotá fue famosa en una época por sus letras, por las bombas de 1989; Medellín por sus encuentros de poesía, por el narcotráfico, aunque ya Gardel la había inmortalizado no solamente por el tango, sino porque allí se le cayó el avión. Todo esto es muy curioso, pues mientras, en otra polémica, la queja es porque hay demasiada realidad para narrar, otros creen, de manera ingenua, !y bien ingenua!, que carecemos de referentes míticos o concretos. Pocas veces se habla, en este punto, de la novela histórica sobre la ciudad, la que tiene que *re*-construir el escritor (Mujica Lainez escribió una novela —*Misteriosa Buenos Aires*, de 1951— tejida a base de cuentos que van desde 1534 a 1904); no se conoce, por ejemplo, la novela de Bogotá de los años veinte del siglo XX, hecha por un escritor actual, como tampoco se conoce la novela de los años veinte del siglo XXI; ambas, ¡oíganlo bien!, pertenecen al género de ciencia ficción. La novela histórica no solamente es la del pasado, es también la del futuro, como la ciencia ficción no solamente es sobre el futuro, sino tam-

bién sobre el pasado. De las buenas páginas que he leído sobre la Bogotá del siglo XIX (pueblo, caserío aldea o lo que sea) son las escritas por Enrique Santos Molano en su imprescindible biografía sobre José Asunción Silva, *El corazón del poeta*. El mismo Silva en algunas páginas atribuidas por Santos Molano, llamadas *Las crónicas de Mary Bell*, ya describía a Bogotá de una manera muy particular: *"Bogotá es un lugar muy curioso. Algún escritor de tantos como van reventando diariamente en nuestra prensa, la ha llamado capital inverosímil y me ha aparecido nombre muy atinado"*. En estas mismas páginas nuevas rescatadas por Santos Molano se da a la tarea de imaginarse a Bogotá después de treinta años, es decir, de lo que va de 1892, (fecha en que publica esta crónica) a 1922 (2). Cuarenta años después (1932), José Antonio Osorio Lizarazo no solamente escribió sobre la Bogotá de los treintas y cincuentas, también escribió una novela de ciencia ficción, titulada *Barranquilla 2132*.

Todo esto para decir que si aceptáramos que la literatura ya no pueda fundar o crear mitos, por lo menos sí debemos reconocer que ayuda a construir, a ordenar la Realidad, a pre-verla o a desvigorizarla, a difuminar y a disolver su prepotencia y absolutismo, suponiendo, en este caso, que esta Realidad sea el espacio urbano.

Quizá —este "*quizá*" que tanto le gustaba a Nietzsche para cuidarse de las recetas y para dar paso a la duda, y a la posibilidad— sería más saludable ver cómo es mostrada, narrada, evidenciada, sentida, pensada, capturada la ciudad por medio de la palabra oral o escrita; cómo es mostrada la ciudad por medio del cine, la pintura, la antropología, la historia... (De la misma manera como la literatura, el cine, la pintura, la fotografía ve, o narra el campo, las piedras, las vacas, los espacios desalojados, abiertos, cerrado o vacíos...). O cómo la literatura puede narrar espacios que ya no existen o que aún no han existido como *La Santa María* de Onetti o Perla, la ciudad imaginaria inventada por Alfred Kubin en su premonitoria novela: *La Otra Parte*.

2. *Paginas nuevas. Textos atribuidos a José Asunción Silva*, Prólogo y compilación: Enrique Santos Molano, Espasa, Bogotá, 1988.

A propósito de esta extraordinaria novela vale la pena abrir una digresión sobre uno de los movimientos que mejor se anticipó, a comienzos de siglo, al tipo de ciudad que se tiene en este momento. Me refiero al expresionismo Europeo. Para ellos, la gran metrópoli es objeto de temor y aborrecimiento; sobre todo, lo expresaron en sus tres manifestaciones fundamentales: la literatura, el cine y la pintura. En la literatura, la gran escritora Else Lasker-Shüler se refería a la ciudad como una bestia hambrienta con una horrible dentadura de edificaciones grises. El gran dibujante y amigo de Kafka, Alfred Kubin, publica en 1909 uno de los grandes libros de la época, *La otra parte* (con el subtítulo: *Una novela fantástica)* donde un visitante llega a una ciudad, Perla, también llamada *El reino de los sueños*. En realidad esta ciudad, más que un sueño, es una verdadera pesadilla, pues Perla es opaca, laberíntica, desalmanda, caótica. Una ciudad donde *"el sistema nervioso de los habitantes empezó a flaquear a un ritmo inquietante. Conocidas enfermedades síquicas y nerviosas como el baile de San Vito, la epilepsia y la histeria, se fueron convirtiendo, poco a poco, en fenómenos colectivos. Casi todos tenían algún* tic *nervioso o eran torturados por una obsesión. La agorafobia, alucinaciones, melancolía y espasmos convulsivos empezaron a ir en aumento en forma alarmante y, sin embargo, el delirio general seguía ganando adeptos, de suerte que cuanto más se incrementaban los espantosos suicidios, mayor era el desenfreno al que se abandonaban los supervivientes (...) en los mesones se producían sangrientas riñas con navajas. Yo no podía dormir tranquilo por la noche, pues la algarabía del café subía hasta mi habitación* [3]".

Alfred Döblin, en su famosa novela *Berlín Alexander-Platz*, cuenta la odisea de un hombre llamado Franz Biberkopf, en la caótica Berlin de principios de siglo. Como bien lo dijo Claudio Magris, Döblin lleva hasta el extremo la prosa del mundo, al abstracto y anónimo engranaje que coordina, sintoniza y muele la vida

3. Alfred KUBIN. *La otra parte. Novela fantástica* (1909). Editorial Labor, Colección Maldoror, Barcelona, 1982. p. 74.Tanto Kubin como Kafka son dos escritores absolutamente proféticos, tanto de los hechos reales como de la misma literatura, aún hoy vemos novelas como *El palacio de los Sueños* del albanés Ismael Kadaré. Como pueden ver los tres autores son el mismo señor K.

de los hombres. En esta novela, son las plazas, los avisos de tranvía, la ola del tráfico y el eco de las canciones, los olores de las cervecerías y el babélico vocerío colectivo del dialecto berlinés los que se entrecruzan, se trenzan y se desatan en la persona de Franz y en su odisea. Construida según la técnica del montaje, la novela muestra también cómo un individuo puede ser en gran parte un *collage* heterogéneo y discontinuo, pero también muestra cómo en el corazón de este individuo, quien se levanta después de cada *knockout* (...) no se apaga una sacralidad bíblica que lo inserta en la continuidad épica de la vida[4]".

4. Claudio MAGRIS, *Itaca y más allá*, Monte Avila Editores, Caracas, 1998. p. 75. Hay que decir también, que desde hace 20 años tanto el escritor, como los directores de cine, han visto la necesidad de construir un tipo de metáforas que expresen este tipo de ciudad que ya los expresionistas habían visto.

El sucesor de este tipo de novelas es Don DeLillo, sobre todo, en su gran novela *Ruido de fondo* (1984). Es considerado el escritor de la *colisión cotidiana en la ciudad.* Un tipo de narrativa que tiene como marco, el "qué pasaría si...", y que no es otra cosa que aventurar una hipótesis narrativa como la siguiente: Qué pasaría si en una ciudad de los Estados Unidos, un día hay un escape de gas tóxico. (El antecedente de este tipo de narrativa lo encontramos con esa bella novela de comienzos de siglo titulada *Nube púrpura,* de M. P. Shiel, Seix Barral, 1985) .Pero tras el pretexto del escape tóxico, Delillo va destapando de manera escalofriante todos los temores de los habitantes de esta ciudad, va descubriendo los nuevos espacios de encuentro, todos los nuevos ruidos de fondo que sin darse cuenta corroen al ser humano. La manera como termina el primer capítulo no puede ser mejor: "Hoy en día, discurre una autopista al fondo de nuestro patio trasero, y cuando por la noche nos acostamos en nuestra cama de latón podemos oír el ruido del escaso tráfico que la recorre como un murmullo constante y remoto que arropa nuestro descanso, como el sonido de las almas muertas parlotendo en los límites del sueño" (p. 11). Ruido de fondo y *El Arco iris de gravedad* (1973), de Pynchon son consideradas como las dos más grandes novelas norteamericanas edad de los últimos 25 años.

Los mejores exponentes en lengua castellana de esta tendencia "neo-expresionista" son: el novelista español Jesús Ferrero, con su aterradora novela *Lady Pepa*; la visión de este escritor es realmente apocalíptica, pues compara la ciudad de Barcelona, y en general a la ciudad, como un agujero carcoma. Es una de las mejores novelas donde la ciudad es recreada con múltiples metáforas: *ciudad-prostituta, ciudad-travesti, ciudad-letrina*, o como un cuerpo viviente en descomposición. Ferrero confiesa la influencia que tuvo de los expresionistas para escribir esta novela, en especial confesó la influencia que tuvo de Alfred Döblin. Rafael Argullol es autor de una novela llamada *La Razón del mal*. El libro narra lo que de pronto sucede en una ciudad importante, un psiquiatra y un fotógrafo intentan descubrir la verdad. "Primero hubo vagos rumores, luego incertidum-

En un poema del gran poeta Wolfenstein, titulado *El ciudadano* podemos seguir confirmando la percepción que tienen, a comienzos de siglo los expresionistas sobre la ciudad:

> *Como agujeros de un colador, juntas están,*
> *las ventanas; apretándose, se juntan*
> *tanto las casas que aparecen hinchadas,*
> *grises las calles como estranguladas*[5].

La tercera queja tiene que ver con la idea del costumbrismo y la ciudad. De acuerdo con la definición generalizada, este *ismo* se caracterizaría por la narración y descripción del folclor, las costumbres y los diferentes ritos cotidianos de una región. Según esta idea, casi toda la literatura sería costumbrista, desde la *Iliada*, pasando por *El Quijote*, *La montaña mágica,* la obra de Kafka,... El gran escritor cubano, Virgilio Piñera decía que "si Kafka hubiera sido habanero, en vez de ser un escritor del absurdo hubiese sido costumbrista. El absurdo está en nuestra vida cubana de un modo permanente. Lo respiramos".

Por otro lado, ojalá tuviéramos escritores costumbristas que narraran la ciudad, si tomáramos, por supuesto, en estricto sentido, lo que implica ser costumbrista. Ojalá tuviéramos un Carrasquilla urbano que nos hablara de los nuevos fantasmas, espantos, de las nuevas costumbres, supersticiones y creencias que se dan en la ciudad. Para terminar, también se nota, de paso en estas polémicas, una pugna declarada entre dos tendencias en la actual literatura colombiana: los que defienden y detestan el opio en las nubes y los que defienden o detestan la "*perica*" la "*marigüana*" y la puñalada a la vuelta de la esquina. La literatura, creo, hay que *inventarla,* no inventariarla todo el tiempo. Hay que escribirla, no pre-escribirla. Como creo también que la misma crítica, en gran parte, se crea o se inventa a punta de nuevos y atractivos argumentos. Estamos aún, y desde hace

bre y desconcierto, finalmente escándalo y temor", así comienza la novela. El enigma sigue, pues en el comienzo del segundo capítulo (al principio nadie dio importancia al hecho) tampoco sabemos nada de lo que pasa en esta gran metrópoli, sólo que los hospitales se van llenando de (...)"

5. Tomado de *La literatura expresionista alemana, de Trakl a Brech, de Walter Muschg.* Seix Barral, Barcelona, p.25.

rato, atrapados en exigencias y taxonomías caprichosas, académicas y antiacadémicas: que si la literatura es de "*putas*, *borrachos* y *maricas*"; que si es evasiva o fantástica; negra o de otros colores; que si estos escritores son viejos, nuevos, desahuciados o jubilados. (Porque uno también podría decir que si la literatura es costumbrista, suponiendo que el costumbrismo sea lo peor que le puede pasar a la literatura, la crítica y la opinión también lo son...) Estamos, señores, —críticos, escritores y lectores— por inventar muchas cosas.

Le corresponde pues al poeta, al narrador poner en papel o en *concreto* cómo ha sido percibida, evocada, sentida, imaginada y cantada (¡ojo!: *cantada*) la ciudad. Es que para eso están los poetas y los narradores: para sentirla, cantarla, construirla, denunciarla con eso que Wallace Steven llamó *la gran ficción suprema*: la poesía y la metáfora.